

sea brevemente, el gran poder de los tres bien conocidos enemigos de nuestra alma, y advertirás al instante, que es imponderable el número de sus partidarios. No hay naciones, provincias ó pueblos, en donde no se vean correr, como en tropas, las gentes tras los placeres, juegos, bailes, teatros y demás cosas que los alucinan y los encantan; mientras el partido de Jesucristo á penas es abrazado de unos cuantos, que son como contados, y que por consiguiente su número no puede entrar en paralelo con el de tantos esclavos que tiene el mundo, demonio y carne.

Confúndete, y confiesa ser casi indubitable, que son mas los que perecen, que los que se salvan. Procura, por tanto, pertenecer al número de los pocos que forman el pequeñito rebaño de Jesucristo, pues á estos les está prometido el cielo.

MEDITACION XXXI.

FALSA CONCIENCIA.

PUNTO 1.

Considerar, que la falsa conciencia no es mas que la engañosa seguridad en que se hallan algunos, que por cuanto no cometen pecados enormes y groseros, se juzgan inocentes, viven satisfechos sin el menor remordimiento, y ciegos creen, que caminan por las sendas de la virtud; siendo así que tienen otras muy graves faltas, y son por ellas reos ante los ojos de Dios.

Ponderar el peligro que corren de condenarse semejantes almas; porque como no les llama la atención su estado, ni sus faltas les parecen notables, siguen en ellas sin corregirse, viven sin temerlas, calificándolas de pasajeras, y en cierto modo indispensables: y en la muerte, cuando ya no es tiempo de llorarlas, abren los ojos, las advierten, y conocen inútilmente su gravedad, y lo difícil que es alcanzar el perdón de ellas. ¡Conversaciones libres, gas-

tos inmoderados, descuido de la familia, vida negligente y ociosa, que pasan por frioleras de poca monta, ó quanto mortificáreis al corazon en aquella hora!

Saca de aquí, el examinar escrupulosísimamente tu conducta sobre todo esto, y persuádetes: que no basta apartarse de pecados vergonzosos y defectos groseros, si por costumbre estás cometiendo otros verdaderamente reprecensibles; pues si el alma se pierde, nada importa que sea por estas ó aquellas culpas; y es menester por tanto evitarlas todas.

PUNTO 2.

Considerar, que es muy fácil caer en este funesto estado, si no estamos protegidos de la vigilancia cristiana: porque es muy propio de nuestra soberbia, no conocer nuestras faltas, ó disminuir en gran parte su gravedad, reputando escrúpulos infundados los reclamos de la conciencia.

Ponderar, que lo mas temible es ser este estado de difícilísimo remedio. Lo primero, porque siendo nuestro amor propio

el defensor de nuestros errados dictámenes, como que son tan conformes á nuestra comodidad y relajacion, no se pueden corregir, porque no se creen criminales. Lo segundo, porque Dios suele muchas veces permitir esta falsa seguridad, y retirar sus luces, en justo castigo del poco aprecio con que miramos el cumplimiento de sus preceptos.

Sea, pues, el fruto de esta meditacion, pedir al Señor con el Real Profeta, que ilumine nuestro entendimiento con sus soberanas luces, para que nos ocupémos en el estudio de su ley, que es el camino de la justicia, observándola toda la vida con el mayor empeño de nuestro corazon.

MEDITACION XXXII.

EL MALO NUNCA GOZA DE PAZ.

PUNTO 1.

Considera, que el Espiritu Santo no puede habitar en una alma manchada con el
Tom. II.

pecado; y como la paz es uno de los frutos de este divino Espíritu, jamás podrá permanecer en la alma del pecador, mientras no venga sobre ella el rocío de la gracia.

Ponderar, que la paz está íntimamente unida con el gozo; porque los dones del Espíritu Santo son inseparables; pero ¿qué gozo podrá encontrarse en el ánimo del pecador, que busca con ansia la quietud y alegría, donde jamás hallará sino desasosiego? *Los impíos, dijo Isaías, son semejantes al mar alborotado, que no puede quietarse.* La verdadera serenidad del espíritu nace de la union con Dios, que es nuestro centro; y así el pecador, mientras se desvía de este punto, no espere tranquilidad. *¿Quién es, pregunta el santo Job, el que se opuso á Dios, y halló paz?* Dijeron muy bien S. Juan, y S. Crisóstomo, y S. Agustín, que los malos en sí mismos llevan un torcedor continuo, porque su conciencia sin cesar los reprende y los atormenta. ¿Y podrá la paz combinarse con este remordimiento?

Saca de aquí, lavar con lágrimas tus de-

litos, si quieres hallar la paz y el gozo; teniendo en tu memoria esta hermosa sentencia de S. Isidoro: *¿Quieres que nunca entre en tu corazón la tristeza? pues vive bien.*

PUNTO 2.

Considera, que si durante la vida el pecado aleja tanto la paz de nuestro espíritu, con mas razon la desterrará en los momentos amarguísimos de la muerte, en los que los reclamos de la conciencia son mas fuertes, mas justos, y mas implacables.

Ponderar, que en esa hora se levantarán tres barreras que no permitirán paso á la paz. Primera, los pecados que entónces no deleitarán, sino que con su número y gravedad nos conturbarán. Segunda, el demonio, que lejos de convidarnos al placer y á los gustos mundanos, nos aterrará y nos excitará á la desesperacion. Tercera, Dios, cuyo aspecto colérico parecerá entónces mas terrible que el mismo Infierno. ¿Y con estos motivos podrán esperar paz los pecadores? Se verificará, por el contrario, en ellos,

lo que dijo David: que vendrán sobre ellos sus culpas, como torrentes de iniquidad para inundarlos.

Saca de aquí una firme persuasion, de que la paz que se anunció en el nacimiento de Jesucristo, se anunció á los hombres de buena voluntad; y aunque oigas que los pecadores claman paz, paz; no los creas, pues es palabra de Dios, que *no tienen paz los impíos.*

MEDITACION XXXIII.

DIOS ES MISERICORDIOSO Y JUSTO.

PUNTO 1.

Considera, que la misericordia divina jamás se aparta ni se opone á la justicia; y el pecador, por consiguiente, si debe tener siempre á su vista la misericordia del Señor, para pedir y esperar el perdón; no debe olvidar lo terrible de su justicia, para llorar su culpa, y trabajar en la enmienda.

Ponderar, que aunque es cierto que Dios, en virtud de su clemencia, busca con la mayor ansia al pecador; que por los placeres del mundo le abandona; también es innegable, que esa clemencia se convierte en frialdad, cuando Dios vé que el hombre, en vez de agradecer esa solicitud, y de aprovecharse de los llamamientos divinos, se vale de ellos para permanecer con una loca seguridad en el vicio. Pero ¡qué triste es el resultado! Porque el Señor, mirando la fuerte resistencia del hombre, que haciéndose sordo á tantas amorosas voces, cada día se aparta mas y mas, contiene sus gracias, no esfuerza sus auxilios, y lo deja correr, hasta que se aleja tanto, que ya no es capaz de oír los clamores divinos.

Saca de aquí, no provocar el enojo del Señor, con el abuso ó desprecio de sus dones; y acuérdate que si para los que se arrepienten es el Padre de las misericordias, también es para los ostinados el Dios de las venganzas.

PUNTO 2.

Considera, que el amor con que nos mira, lo mantiene sentado á las puertas de nuestro corazon, dias, meses, y tal vez años; pero tambien su misericordia se cansa, desaparece, y ocupa el lugar su justicia, su cólera, y sus tremendos castigos.

Ponderar, que la dulzura con que recibe á los que de todo corazon se vuelven á él, y la conmocion que siente en sus entrañas luego que oye los gemidos de su penitencia, se convierten en un rigor inflexible contra los que abusan de su paciencia, y, revestido de indignacion, está como esperando que se les acerque su muerte, para llenarlos de amargura, y desplegar los sentimientos de su santo furor, y romper de un golpe los diques de su justicia, para venir sobre ellos como un impetuoso torrente, y absorverlos sin dejarles la menor esperanza. Pena bien merecida, pues esperando en vano, pasaron sus años en una vida ociosa y delincuente.

Saca de todo esto, el conocer claramen-

te la ingratitud con que te portas, y la injuria que haces al Señor con tu loca y temeraria esperanza; pues es decir, que continuas ofendiéndole, porque es bueno para contigo. ¡Y esperas que su misericordia te perdone? ¡Y podrá tolerar este insulto su justicia?

MEDITACION XXXIV.**MEMORIA DE LA MUERTE.****PUNTO 1.**

Considera, que del nacer se sigue indefectiblemente el morir; porque todo el que nace, nace sujeto á esta miserable condicion: pero, aunque necesariamente he de morir, ignoro si moriré bien ó mal. ¡Dichoso si logro una buena muerte, soy entónces la criatura mas feliz; pero ¡ay de mí si muero mal, mi desgracia es desde luego inesplicable!

Pondera, que aunque el pensamiento de la muerte es tristísimo, es sobremanera im-

portante; porque con la mayor eficacia corrige el desorden de nuestras ideas. Nos portamos en los negocios de la vida, como si fuéramos eternos; y el pensamiento de la muerte nos hace ver que somos perecederos. Las cosas del mundo nos encantan, y nos hacen olvidar las cosas del cielo; pero viene el pensamiento de la muerte, y nos hace ver que todo es nada y vanidad. Nosotros, finalmente, estamos orgullosos é hinchados, creyendo que somos muy apreciables é importantes; pero el pensamiento de la muerte es como un fiel espejo, en que vemos lo que realmente somos.

De aquí sacarás, el conservar como escrita en tu corazón esta sentencia: *morirás*; para que la leas continuamente; y ella te enseñará á pensar en cosas importantes, y hará que te desvíes de otras en que no debes pensar.

PUNTO 2.

Considera, que por vanas y fútiles que sean las cosas del mundo, siempre tienen atractivo, y arrastran nuestro corazón; pero

la memoria de la muerte es como una hiel amarguísima, que derramándose sobre los mayores placeres, los vuelve insípidos y aborrecibles.

Ponderar, que miramos la eternidad con indiferencia y desprecio, porque la contemplamos muy lejana y distante de nosotros; mas este es el utilísimo efecto que produce el pensamiento y memoria de la muerte, presentarnos de muy cerca la espantosa é incomprendible eternidad, al paso que nos muestra el modo veloz con que va el tiempo huyendo, y perdiéndose de vista. Y es indispensable que así sea, pues la muerte es el principio de lo eterno, y el fin de lo temporal.

Saca por fruto de todo esto, no mirar con horror la memoria de la muerte, como hacen los libertinos; antes bien, acóstumbrate á este pensamiento con cuanta frecuencia puedas, que de este modo verás sin apego las cosas de esta vida, y será por lo mismo menos dolorosa y amarga tu muerte.

MEDITACION XXXV.

NECESIDAD DE LAS ADVERSIDADES.

PUNTO 1.

Considera, que cuantos están en el mundo, ya sean justos que han conservado la inocencia, ó pecadores que la han recobrado; ó ya sean perversos y ostinados, todos sin excepcion están desterrados del cielo, su verdadera pátria, y por sus culpas condenados por cierto tiempo á este país de miserias. ¿Y nos admiraremos de ver en un destierro trabajos y adversidades?

Ponderar que Dios, como esencialmente bueno, jamás quiere otra cosa que comunicar su bondad, y hacer felices á sus criaturas. Esto te basta saber, para inferir que todo cuanto nos viene de su mano, sea próspero ó adverso, nos viene, aunque no lo comprendámos, para nuestro bien. No preguntes pues, ¿por qué Dios hace esto conmigo? ¿por qué me envia tal ó tal pesadumbre y desconsuelo? Porque, segun lo dicho, debes sosegar te con esta respuesta: porque

es un buen Padre, y quiere conducirme á un fin feliz, aunque yo ignoro los caminos. ¡O santa conformidad, qué eficaz eres para dulcificar nuestras amarguras!

Saca de aquí, el entregarte con la mayor confianza á sus soberanas disposiciones, persuadido de que esta es la conducta que han observado los santos, y justamente, pues Dios es un piloto sábio, que en las mas desechas borrascas sabrá gobernar con seguridad nuestra nave.

PUNTO 2.

Considera, que en el mundo muchos se engrandecen arruinando á otros; pero Dios, siendo por sí mismo rico, grande y glorioso, no necesita, para ser feliz, hacerte miserable; y así mira siempre tus miserias como unos medios ordenados á tu bien.

Ponderar, que los desconsuelos, enfermedades, y demás trabajos con que el Señor te affige, ó son para que satisfagas con ellos lo que debes por tus culpas, y entónces no debes quejarte, sino recibirlos con humillacion, como penas muy justas y

merecidas; ó Dios quiere con ellos hacerte aborrecible este mundo que produce tantas espinas y tribulaciones, para que únicamente pongas tus deseos en el cielo; y en este caso debes manifestarle tu agradecimiento, pues se porta contigo como una madre amorosa, que unta acibar en sus pechos, para que el hijo á quien ama no guste aquella leche que ya no le conviene.

Infiere de todo esto, que debes formar de las adversidades un concepto muy diverso del que hasta aquí has formado. No te acontezca quejarte nunca de Dios: lo primero, porque con eso nada consigues; pues ni tus disgustos ni tus quejas frustrarán las disposiciones de su providencia: y lo segundo, porque con tu repugnancia harás mas amargos tus accidentes y trabajos.

MEDITACION XXXVI.

PRESENCIA DE DIOS.

PUNTO 1.

Considera, que no hay parte alguna donde no esté Dios presente por su sabiduría; ni lugar por secreto ú oculto que sea, que Dios no lo ocupe, y lo llene por su inmensidad: y donde quiera estamos tan rodeados de él, que decia el Apóstol S. Pablo: que en Dios vivimos, en Dios nos movemos, y en Dios existimos.

Ponderar, que esta divina presencia es el medio mas oportuno y eficaz para corregir nuestras faltas, y arreglar nuestras acciones. ¡O, con qué respeto y modestia deberá vivir la criatura, sabiendo que está delante de su Criador! ¡Quién se atreverá á faltar al recato, ni dejará de pensar mucho lo que hace ó dice, considerándose, ó ya como un vasallo humilde á vista de su Rey; ó ya como un reo observado por su Juez, que puede sin dificultad condenarle y arruinarle!

Saca de aquí el valerte continuamente de un medio tan fácil como éste, del cual se valieron todos los santos; y al emprender cualquiera obra que te parezca menos arreglada, dite á tí mismo: si no me atrevería á egecutar esto ante los hombres, ¿cómo he de practicarlo mirándome Dios?

PUNTO 2.

Considera, que Dios no solo está presente y me mira; sino que esta presencia es tan íntima, que por ella está mas unido á mi ser, que mi alma lo está con el cuerpo.

Ponderar, que las mismas cosas que me rodean, me manifiestan esta divina presencia; porque Dios está en todas ellas y las mueve, las ordena y las aplica á mi servicio. Que es lo mismo que decir, que el Señor con el sol me calienta, con la agua me refresca, con las viandas me nutre, con otras criaturas me viste, y con todas, por último, me cuida y me protege. ¿Y un Dios que con todos los séres me cuida, me conserva, y en ellos me dice, que siempre está mirándome, y atendiendo á mis necesida-

des, no será digno de que yo tambien á todas horas le envíe mis miradas, y en el uso continuo de las cosas haga un recuerdo de su amorosa presencia, y lo bendiga?

Sea fruto de esto el acostumbrarte á respetar incesantemente y en todo lugar, la presencia de tu Dios, y repite con el Santo Rey David: ¿A dónde iré, que no te encuentre? ¿Subo al cielo? allí estás. ¿Desciendo á los abismos? en ellos te hallo presente. ¿Las tinieblas acaso me ocultarán? no Señor; porque para tí todo está patente, y por tu sabiduría todo lo ves. Camina siempre como rodeado de esta presencia, y no te desviarás de la senda de la virtud.

MEDITACION XXXVII.

PRECIO Y VALOR DEL TIEMPO.

PUNTO 1.

Considerar que somos muy reprobables, por el mal uso que hacemos del tiempo

que el Señor nos concede; porque muchas veces lo consumimos en mera ociosidad, sin egecutar cosa alguna; otras lo perdemos en lo que nada importa; y otras, por último, lo empleamos en hacer cosas contrarias á lo que debemos.

Ponderar, que no hay pérdida mas sensible; porque tampoco hay cosa, que valga tanto. En cualquiera momento podemos alcanzar el perdon de nuestras culpas, la perseverancia en la gracia y la vida eterna: por lo que el tiempo no solamente es precioso, sino de tanto valor, dice S. Bernardo, como Dios, supuesto que todo un Dios se puede ganar con él. Un solo instante de los que desperdiciamos en bagatelas, bastaría á un condenado para ganar el cielo: ¿y nosotros, teniendo tantas horas á nuestra disposicion, las dejamos correr sin provecho?

Saca de aquí corregir este descuido, comenzando ahora mismo á usar bien del que Dios te da de vida. Propon, como fruto de lo que actualmente meditas, lo primero, agradecer al Señor continuamente el que

todavía te presta; y lo segundo, suplicarle que te haga usar bien de él, ó corte su curso, si solo has de gastarlo en ofenderle.

PUNTO 2.

Considera, que lo que hace mas estimable el tiempo es ser irreparable. Si se pierde el oro ó la plata, podrán recuperarse; si un magnífico palacio se destruye, podrá reedificarse; si una ciudad, si un reino opulento se arruinan, podrán volver á su antigua gloria; pero el tiempo es enteramente irreparable. ¿Pasó? pues no volverá jamás.

Ponderar, que solo durante el tiempo se puede hacer acópio de lo que necesitamos para nuestra eterna salud. Cuando oigámos en la muerte esta triste voz, se acabó el tiempo: ¿qué debemos naturalmente inferir? luego se nos acabó tambien toda esperanza de negociar. Por eso con tanta instancia nos exhorta S. Pablo á obrar mientras hay tiempo; porque viniendo la noche, nadie podrá trabajar. Es la vida un mercado, segun S. Gregorio; y si el dia de la feria pasa, pasó tambien la oportunidad de comprar,

El grande y principal fruto que de esto sacarás, es, usar del único arbitrio que S. Anselmo te aconseja: *rescatad, dice, el tiempo, llorando y haciendo penitencia de los pecados de la vida pasada.* Aunque el tiempo es irreparable, de esta manera se consigue, dice tambien S. Gregorio el Grande, recuperar lo perdido. En los dias que te restan, duplica el fervor y el trabajo, y sin duda recompensarás las muchas horas que has desperdiciado.

MEDITACION XXXVIII.

OIR LA PALABRA DE DIOS.

PUNTO 1.

Considera la estrecha obligacion que tenemos, de asistir al templo á escuchar la palabra de Dios; pues este es el medio que la providencia tiene ordenado, para que aprendamos y estudiemos las importantes verdades que debemos creer, los sacramentos que hemos de recibir, y los preceptos que hemos de observar.

Pondera, que así como el cuerpo se mantiene y se conserva, con las viandas y frutos de la tierra, así el alma vive y se alimenta con la palabra de Dios. Por eso S. Pedro decia á Jesucristo: Señor, *tienes palabras de vida eterna.* Y el mismo Salvador, en el desierto, dijo al demonio: que *no solamente vive el hombre con pan, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios.* Mas, como faltando el pan, muere el hombre, de la misma manera desfallece el alma, si con la palabra divina no se alimenta.

Saca de aquí, el asistir continuamente á oír la palabra de Dios, con la humildad y respeto que conviene á la criatura, cuando habla su Criador. ¿Qué vasallo hay, que no escuche atentamente las palabras que por medio de un embajador le dirige su príncipe? Con mayor atencion debemos recibir las que nos dirige Dios por boca de sus ministros. Nuestra falta de devocion, y nuestra vana curiosidad, es la que hace infecunda la palabra del Señor.